

¿Cuáles son las posibilidades, límites y condicionantes para que un gobernante como Evo Morales, llegado al poder de la mano de los movimientos sociales, pueda responder a las grandes expectativas despertadas en un país de la complejidad de Bolivia? Para responder



Bolivia desde DENTRO

a este interrogante planteado por un histórico triunfo electoral que ha motivado entusiasmos, pero también escepticismos, *ideele* ha invitado a tres destacados analistas bolivianos que exploran esperanzas, dificultades y riesgos.



“Hay que esperar a ver qué pasa”

Iván Kraljevic
Presidente del Instituto Libertad,
Democracia y Empresa (Bolivia)

>>> El problema quizá pueda resumirse en las palabras “grandes expectativas”, incluidas en la propia pregunta que nos hace *ideele*.

Este problema, en realidad, no aparece con Morales, sino que es una de las constantes de la historia de nuestros países: la idea —la fe, de hecho— de que la política puede resolver los grandes problemas nacionales, comenzando por el más importante de todos: la pobreza. Es una fe sencilla pero profunda, que supone que si se encuentra el líder apropiado (honesto, patriota y capaz), o —para los más sofisticados— el “sistema” político-económico-legal adecuado, la nación resolverá sus carencias y frustraciones. Esa fe es la fuerza que ha realizado todas las revoluciones de Bolivia, y es otra vez la que ha producido el fenómeno actual. Entenderla, por ende, a la luz de la referencia histórica, permite visualizar los condicionantes que enfrenta el régimen de Morales.

El principal tiene que ver con el fundamento de esa fe. Puesto que los políticos son por definición un sector no-productivo, que no genera riqueza, la única forma en que la política (en Bolivia o en cualquier otro país) puede pretender que va a resolver el tema de la pobreza es proponiendo que la riqueza ya existe —aunque sea en potencia—, y que lo único que falta es hacer que llegue a todos. En nuestros países esa premisa se cimienta sobre todo en el mito construido alrededor de los recursos naturales; es decir, la idea de que ellos significan o podrían significar riquezas fabulosas inmediatas. “El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro”, dicen los peruanos, y los bolivianos decimos exactamente lo mismo.

Por ello, no es coincidencia que muchas de las principales revoluciones en Bolivia se hayan dado cuando —además de otras causas— algún recurso natural creaba grandes expectativas: el petróleo en la década de 1930 (revolución militar y nacionalización de la Standard Oil), luego el estaño (Revolución Nacional de 1952, con nacionalización de la gran minería), el gas natural en 1969 (revolución de Ovando con nacionalización de la Bolivian Gulf Oil), y nuevamente hoy el gas.

Aparte del asunto de los recursos naturales, la idea de que la riqueza ya existe y de que la pobreza se debe a su mala dis-

tribución conlleva la noción según la cual ciertos sectores sociales nacionales y/o entes extranjeros se apropian de la riqueza colectiva. A su vez, tales nociones inevitablemente hacen que la expropiación contra esos sectores y/o entes se vea no solamente como una solución al tema de la pobreza, sino incluso como un imperativo moral.

Es en ese marco ideológico “revolucionario tradicional” que la candidatura de Evo Morales ha llegado al poder, y un reto que enfrenta es que gran parte de los movimientos sociales que lo sustentan, e incluso de su entorno, propugnan esas ideas.

Los hechos históricos que citábamos antes quedaron todos atrapados en esa lógica, empujados a realizar estatizaciones, expropiaciones y persecuciones. En cada caso, finalmente, la realidad fue terca frente al mito de los recursos naturales, exacerbando la frustración popular.

El flamante Gobierno boliviano parece mejor advertido de ese peligro, o al menos eso se colegiría del hecho de que haya decidido “nacionalizar el gas sin expropiar”, a la vez que intenta sacar el tema hidrocarbúrico del foco mediático.

Si consigue mantener esa decisión podrá evitar el endeudamiento externo, inflaciones y devaluaciones en que incurrieron —para costear indemnizaciones y/o reemplazar a la inversión privada— los citados regímenes revolucionarios, y, en cambio, gozará de la coyuntura de ingresos estatales considerablemente mayores que los de los gobiernos precedentes, gracias a los impuestos hidrocarbúricos adicionales que se legislaron (por acción del MAS, principalmente) y la subida de precios internacionales de esas materias. A eso se suma la reciente condonación de deuda por el FMI, que se espera sea emulada por otros organismos, etcétera. En resumen, las perspectivas de fondos fiscales son por el momento muy interesantes para el nuevo régimen, y con ellos tiene la posibilidad de realizar mejoras importantes en áreas sociales sensitivas. Cuenta, en este sentido, con una gran ventaja respecto de los gobiernos de los últimos años.

Pero si el tema de recursos estatales se ve bien, la situación de la economía nacional no presenta todavía el mismo tinte promisorio, debido a la incertidumbre. Si esta se debió en los últimos seis años a la convulsión política, hoy es producida por un discurso ambiguo. Es

cierto que por un lado el nuevo régimen plantea una interesantísima iniciativa denominada “capitalismo andino”, que pretende ayudar al desarrollo de las fuerzas productivas de los sectores hasta hoy marginados de la economía de mercado moderna; pero, por otro lado, no muestra disposición a excluir cierto totalitarismo de su visión de sociedad futura, ni a abandonar consignas colectivistas y vindicativas. Mientras la inseguridad

prevalezca, será difícil que la inversión, el consumo, el esfuerzo vigoroso y la creatividad productiva puedan reactivarse, como no lo podrán hacer, por ende, la generación de empleo y la creación de la riqueza anhelada.

Pero es muy pronto para saber qué rumbo va a tomar el nuevo régimen. De ahí la que es hoy la consigna popular: “Hay que esperar a ver qué pasa...”.

Si el MAS fracasa, se puede venir el caos

Kathryn Ledebur
Directora de la Red Andina de Información
(Bolivia) Godofredo Reinicke

>>> Los desafíos a los que debe hacer frente Evo Morales son múltiples y complejos. El haber ganado la elección con una clara mayoría no ha cerrado la posibilidad de que los innumerables intereses en juego compliquen los esfuerzos del nuevo Gobierno para reconciliarlos. Las causas de fondo de la convulsión social y política que cortó prematuramente los mandatos de los dos últimos presidentes permanecen intactas. Morales ha prometido mejorar la distribución de los escasos recursos económicos para beneficiar a las mayorías que viven en situación de pobreza, luchar frontalmente contra la corrupción, eliminar la impunidad, reformar las fuerzas de seguridad y frenar las imposiciones de los Estados Unidos. Sin embargo, aún no se sabe cómo encaminará estos proyectos.

Para empezar, el Gobierno de Morales se va a ver obligado a mantener un frágil equilibrio entre estar suficientemente a la izquierda como para satisfacer las demandas populares postergadas por siglos, pero no tanto como para ahuyentar a la empresa internacional o provocar mayores presiones del Gobierno estadounidense. Hasta ahora el MAS ha procurado cuidadosamente serenar los intereses internacionales y aliviar temores sobre un Estado socialista radical, pero enfrenta una considerable presión popular para llevar a cabo reformas dramáticas.

Algunos, por ejemplo, consideran que las propuestas del MAS no son suficientemente drásticas para revertir la política neoliberal. Un desafío central aquí va a ser la satisfacción de las exigencias para que los beneficios de la explotación del gas natural sean distribuidos equitativamente, sin producir la huida de los inversionistas internacionales. Otro, la respuesta a los conflictos recurrentes sobre la propiedad y administración del agua. La nueva administración ha planteado una estrategia nacional de agua y ha creado un ministerio para implementarla. Sin embargo, esta iniciativa enfrenta problemas como el pago de compensación a los inversionistas extranjeros.

La Asamblea Constituyente convocada para junio del 2006 va a significar una oportunidad importante para discutir muchas reformas significativas, pero, a su vez, seguramente va a generar una serie de conflictos agudos acerca de cómo representar adecuadamente a diversas demandas sociales, muchas de ellas contradictorias entre sí.

Junto con ello está el problema de la institucionalidad. Si bien el MAS asumió el poder con uno de los mandatos electorales más contundentes de la historia nacional, lo que le ha permitido obtener el control de la Cámara Baja, va a tener que hacer frente al hecho de que la mayoría de las instituciones democráticas permanecen débiles y aparecen atravesadas por la corrupción. Durante los gobiernos anteriores la capacidad del Congreso para fiscalizar las políticas del Ejecutivo fue casi nula. El Congreso era débil y estaba conformado por partidos políticos tradicionales desprestigiados, más preocupados por el beneficio personal y partidario que por el de sus constituyentes. La injerencia política de los Estados Unidos agudizó esta dinámica. Con su actual estructura



y funcionamiento, el Legislativo boliviano no está preparado para generar reformas legales constructivas ni para controlar las políticas desarrolladas y aprobadas por la Casa de Gobierno.

Las reglas del juego en Bolivia están cambiando y el monopolio sobre la riqueza ha dejado de ser sinónimo de dominio del poder político. Movimientos políticos y sociales conformados por mayorías que por lo general viven con menos de un dólar al día, han aprendido a llevar a cabo campañas políticas exitosas y sostener medidas de presión de largo aliento con base en su fuerza de voluntad y sin casi nada de financiamiento. Este fenómeno asusta a la élite política desacreditada e inquieta a los intereses del Gobierno estadounidense.

Como es bien sabido, durante las tres últimas décadas la política de control de drogas ha sido el principal foco y el punto de controversia crucial de las relaciones entre Bolivia y los Estados Unidos. El papel de Bolivia en el negocio internacional de la droga ha sido siempre, y continúa siendo, el de productor de hoja de coca. Estados Unidos ha insistido en la erradicación de la coca como la principal medida de control de drogas y ha promovido la participación de los militares en operaciones con ese fin. Estas políticas han afectado a los sectores más pobres y han alentado el escalamiento del conflicto social en las regiones cocaleras y en otras zonas. La política de la coca ha sido hasta ahora un tema central de polarización.

Una estabilidad duradera para Bolivia requiere de cambios profundos que no serán del agrado de la administración de Bush. Los bolivianos son plenamente conscientes de que si Estados Unidos corta su ayuda económica, tal como amenazó hacerlo en el 2002, va a ser imposible para el Gobierno mantener el funcionamiento del país y más aun responder a las demandas sociales. Si el Gobierno del MAS fracasa en responder a las necesidades básicas, puede ser también sacado del poder, con lo cual Bolivia sería arrojada una vez más al caos.

... y desde fuera

"Algunos de sus asociados, incluyendo el vicepresidente elegido Álvaro García y Carlos Villegas, que se encargará de planificación económica, son académicos izquierdistas sin experiencia ninguna en gobernar."

("Bolivia's Leader Solidifies Region's Leftward Tilt". *New York Times*, 22 de enero del 2006.)

"Ya se conocía el uniforme caqui de Fidel Castro, la boína roja de Hugo Chávez, y el cuello de Mao Zedong; ahora hay la chompa de Evo Morales."

("Après le col Mao, voici le pull d'Evo". *Le Monde*, 31 de enero del 2006. Chrystelle Barbier.)

"La mitad de los bolivianos votó por el dirigente cocalero Evo Morales, un consumado neopopulista de la cuerda política de Hugo Chávez y Fidel Castro."

("¿Un disparate boliviano?". Carlos Alberto Montaner, *El Comercio*, Venezuela, 27 de diciembre del 2005.)

"Evo, contra lo que la prensa infunde en base a su amistad con Chávez, no es chavista ni populista [...]."

("Evo y Michelle". *La Nación*, Chile, 20 de enero del 2006.)

"Seguidor de Hugo Chávez de Venezuela y de Fidel Castro de Cuba, el Señor Morales, antes pastor de llamas y agricultor de coca, se destaca en lo que es organizar bloqueos de carretera paralizantes pero es más flojo a la hora de desarrollar políticas viables para uno de los países más pobres en el hemisferio [...]. Ahora los EE.UU. no tienen más remedio que aceptar el discurso antiamericano del Señor Morales y mantener la esperanza de que los países vecinos de Bolivia tomen interés en preservar su democracia. Si la democracia aguanta, el Señor Morales no durará."

("Bolivia's Decission". *Washington Post*, Editorial, 27 de diciembre del 2005.)

"En lo de Chávez y Morales ya es posible identificar al menos una característica central: de lo que se trata es de poner en tela de juicio la legitimidad democrática, nada menos."

("Nuevas formas de disciplinamiento político", Opinión. Óscar Raúl Cardoso, *Clarín*, 4 de febrero del 2006.)

"Con ese pulóver no pasaría la primera etapa de una entrevista para conseguir un empleo ofrecido por uno de esos anuncios de perfil ejecutivo escritos en inglés."

("Evo y el pulóver de la discordia", suplemento "Enfoques". *La Nación*, Buenos Aires, 15 de enero del 2006.)

"El grande voto por Evo Morales, el candidato socialista indígena en las elecciones presidenciales... indica un momento nuevo y fascinante en el desarrollo de la política radical en Latinoamérica."

("El desafío del sur", *The Guardian*, 20 de diciembre del 2005.)

El REGRESO de la izquierda

Fernando Molina
Periodista, director del semanario *Pulso de La Paz*

>>> Los resultados de las elecciones bolivianas del 18 de diciembre del 2005 sorprendieron a propios y extraños. No los previeron ni siquiera los estrategas del MAS. Constituyen la imagen invertida de los que se dieron en una elección de veinte años atrás, en 1985, cuando más de la mitad de la población votó por partidos de centro-derecha (luego de la catastrófica gestión de la UDP, un “frente popular” en el que participaba el Partido Comunista). Esta vez, más de la mitad de los electores apoyó a la izquierda indigenista, corporativa y nacionalista que dirige Evo Morales.

Puede decirse, por tanto, que ha concluido un ciclo histórico. Los políticos que asumieron el poder el 22 de enero no formaron parte de las élites que manejaron el país durante las últimas dos décadas. Todo lo contrario: la mayor parte de ellos luchó contra esas élites, tanto de forma democrática y legal cuanto por medio de motines populares y alzamientos armados.

Un primer significado de lo sucedido es que la población rechazó a las élites y se pronunció por un cambio de fondo en el sistema político del país. (Y en verdad constituye un cambio que, por primera vez, un dirigente de la mayoría indígena del país ocupe la Presidencia. Bolivia ha sido siempre, y sigue siendo, un país fuertemente racista.)

La pregunta es si este rechazo también puede dar pie a la finalización del “empate” entre las mencionadas élites, en bancarota moral y política, y en desbandada desde octubre del 2003, y un movimiento indígena y popular ascendente; “empate” que paralizó al Estado boliviano en los últimos años.

Para que tal cosa se produzca, el Gobierno del MAS debe usar su mayoría electoral con el propósito de asegurar su dominio en las demás esferas del poder: la economía, los aparatos coercitivos, etcétera, lo que asemejaría su



administración a la del presidente venezolano Hugo Chávez. Con ello, su victoria electoral solo habría sido el inicio de una revolución de más amplios alcances.

Hasta ahora Morales ha dado varios signos de que este es su propósito. El instrumento al que quiere recurrir para encarar la “profundización” de su Gobierno es la Asamblea Constituyente, que debe elegirse a mediados del 2006.

Durante años el MAS ha estado interesado en que esta Asamblea ponga en marcha una nueva reforma agraria, entre otras medidas que podrían afectar los derechos de propiedad. De modo que la idea misma de convocarla les resulta antipática a las clases acomodadas del país, en especial a las de Santa Cruz, si bien muy pocos se atreven a sugerir que no tenga lugar. En lugar de esto, que resulta políticamente incorrecto, las cúpulas se han opuesto hasta ahora a las convocatorias propuestas por el MAS, que no se detienen en formalidades con tal de asegurar que este partido controle la mayoría de los escaños.

Una Asamblea Constituyente ‘masista’ no solo podría voltear el tablero político boliviano, sino también fijar nuevas reglas para jugar en él, lo que pondría en una situación muy delicada a la democracia y, según algunos, amenazaría las libertades civiles.

Sin embargo, el llamado a una Asamblea Constituyente radical tampoco es, para Morales, cuestión de “coser y cantar”. Por la naturaleza del sistema electoral bolivia-

no, la clarísima victoria en las urnas del MAS no se ha traducido en una hegemonía parlamentaria. Para aprobar la convocatoria a la Asamblea requiere dos tercios de los votos, que no podrá reunir sin llegar a un acuerdo con la oposición. De modo que no es posible descartar una serie de conflictos entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, como los que desangraron al Gobierno de Carlos Mesa. La pregunta es qué hará Morales frente a ellos, en especial si lo que está en debate es la Asamblea Constituyente. ¿Se contendrá, como Mesa? ¿Animará a sus bases sindicales para que presionen al Parlamento? ¿Pasará por encima de este? A esta altura, no es posible saberlo. También puede ocurrir que la oposición, seriamente presionada por la enorme popularidad del Presidente (que está en alrededor de 70 por ciento), celebre al final un acuerdo para realizar la Asamblea Constituyente.

Si el MAS lograra avanzar sus planes mediante esta institución, no cabe duda de que el arrinconamiento electoral actual se traduciría en un desplazamiento

Ya se conocía el uniforme caqui de Fidel Castro, la boína roja de Hugo Chávez y el cuello de Mao Zedong; ahora hay la chompa de Evo Morales. (*Le Monde*)



de largo plazo de las capas altas del país. Una nueva camada de dirigentes sucedería a la que se marche. Nuevos procedimientos electorales y de representación, muy diferentes de los de otras democracias, se sumarían a los que ahora existen. Se restablecería el capitalismo de Estado que primó en el país de 1952 a 1985, comenzando por la vuelta de este a las tareas de explotación de hidrocarburos, probablemente en medio de graves enfrentamientos con las empresas petroleras. (En esto el nuevo Gobierno comienza a trabajar de inmediato, sin esperar a la Asamblea.) En definitiva, se establecería una hegemonía por otros veinte años, como la que disfrutó la clase política saliente durante las dos últimas décadas.

Así atraviesa Bolivia la historia, a bandazos, oscilando entre los extremos, sin sosiego. La causa es simple: su dependencia de los recursos naturales que produce sin cesar facciones enfrentadas en torno del reparto de las rentas, del excedente, que es sin embargo demasiado pequeño y efímero como para reconciliar a todos en un solo gran proyecto nacional.

Hay también otra posibilidad, y es que la administración de Morales caiga muy pronto en sus propias contradicciones e ineptitudes internas. Gobernar es un arte en el que por supuesto el MAS no es ducho. Los intereses que se sienten afectados por su programa de acción son enormes. Además de los petroleros, opuestos a la nacionalización, y de los terratenientes, contrarios a la reforma agraria, están los de Estados Unidos, que pueden volverse antagónicos si la asunción del ex cocallero Evo Morales constituye la señal de partida de un crecimiento masivo de los cacaos. (Consciente de ello, Morales está intentando impedir un *boom* cacaero mediante un llamamiento político a sus colegas.) Y están los intereses de los organismos acreedores, que aunque inicialmente se muestran predispuestos a apoyar al futuro Gobierno, es probable que enfríen su entusiasmo si el asunto de la nacionalización petrolera se sale de cauce y/o si el FMI retira su aval a la política económica boliviana.

Por otra parte, los propios sindicatos y movimientos sociales, tanto los que están a la izquierda del MAS cuanto los que actúan bajo su alero, pueden convertirse en otras tantas fuentes de crisis para el Gobierno, porque seguramente se lanzarán a la captura de concesiones y ventajas. Las expectativas que ha despertado el MAS en la población, y que lo llevaron al triunfo, pueden volverse ahora en su contra.